

## ARTÍCULO CORTAS

# LUTO EN EL BAILE

Imagino que todas las academias de baile, de cualquier bandera, la habrán mantenido hoy a media asta. Esta mañana, en la funeraria de la calle de Sancho de Avila, cuyo camino empezamos a saber-nos ya demasiado, hemos dicho adiós al rey de los balletomanos, al español que más sabía de baile, al exquisito Alfons Puig Claramunt.

Llevaba unos años convertido en viajante de su pasión. Sus postales de Venecia, de Londres, de París, de Bruselas rebosaban cordialidad y entusiasmo. «He asistido al estreno de Béjart. ¡Innerrable!» O bien: «He descubierto a Fulanita (no recuerdo el nombre) en "Gisela". ¡Qué maravilla!» De Venecia, nos contaba su peregrinaje a la tumba de Diaghilef, que jamás dejaba de efectuar, en recuerdo de aquella noche barcelonesa del año 1917, que tantas veces había relatado.

—El público de platea, desconcertado, miraba a Nijinsky bailando Stravinsky. ¿Imaginas? Por encima de la batalla verbal, se escuchaba la voz de Farran i Mayoral apostrofando a los reventadores: «Ignars!, Bàrbars!».

Alfons Puig era la crónica viva del baile. Y la sabiduría, pues hasta hace poco enseñó su historia en el Institut del Teatre. Aunque un día, a punto de jubilarse, se me dolió de las nuevas costumbres docentes.

Los alumnos te escuchan medio tendidos en el suelo...

He escrito ya que era un señor, en los sentimientos y en los modales.

Vivía solo en un piso estudio de una calle baja de Gracia, a cinco metros de los Jardinetts. Más que un piso y un estudio era un santuario, donde las reliquias abundaban.

—Ahí, en esta vitrina conservo un traje de Antonia Mercé —mostraba a los recién admitidos.

¡Antonia Mercé «La Argentina»! Creo recordar que coincidí con Puig en aquellos días de mayo de 1934 en que la incomparable dio sus postreros

recitales barceloneses. Cuando descendido el telón, hacíamos cola en el pasillo del escenario del Barcelona, para ser admitidos un momento en el camerín y besarle las manos, aquellas prodigiosas manos que tocaban las castañuelas con una «musicalidad tan extensa que permitía el placer de oírla sin el placer de verla», como tiempo después escribiría Puig en el libro «Ballet y Baile Español», que en mi biblioteca constituye el abecé de todos mis conocimientos coreográficos.

Otra llamadita a la atención sobre la vitrina de las reliquias:

—Un zapato de la Toumanova, con el que danzó «La Desconocida»...

Lo mostraba Puig con tanto arrobó, con unción tan inmensa, que yo creo que, de pedirselo, no habría vacilado en llenarlo de champán para beber todos con él, como suele hacerse en las orgías.

Cuando las compañías extranjeras de baile venían a Barcelona, ya se sabía que el calendario extraoficial comprendía una fiesta «chez» Puig. Nadie le fallaba. Béjart, el mismo Béjart (que dejó de ir por cansancio o por lo que fuera a recepciones de carácter oficial o diplomático, en sus visitas a Barcelona nunca faltó a la cita de «chez» Alfonso.

Por Béjart han sido, supongo, los postreros fervores del balletomano Puig, quien practicaba un eclecticismo. Entusiasta del clásico, era también fanático partidario de las experiencias. El baile suponía para él emoción y técnica. Un lenguaje, y ya se sabe que el lenguaje, para permanecer, debe de evolucionar, expresar las ideas más avanzadas.

Pase a que alguna vez, alguna contadísimas veces, le escuché en privado tronar contra algún contadísimos coreógrafo o bailarín, estimo que el amor que Puig profesaba al baile era tan, tan intenso, que incluso sentíase capaz de disculparlo y amarlo en ocasiones de calidad dudosa. Si como he dicho eran frecuentes sus noticias enviadas de Inglaterra, de Italia, de Alemania, de Bélgica, en cambio, a lo largo

del verano, las postales nos venían franqueadas en Salou, en Sitges o en la Costa Brava. Los grupos flamencos para turistas tenían también en Alfons un circunstancial consejero, un simpático contentillo. Las conversaciones maduraban en ambiciosos proyectos, cual aquel de crear en Sitges un curso veraniego de danza, clásica y española, trayendo a una gran figura extranjera y contando con la colaboración de Udaeta, que tenía academia en Sant Pere de Ribes, al pie del castillo donde reside.

Pero, el romanticismo y la economía no siempre van de par y nuestro querido, nuestro inolvidable amigo no pudo ver realizado aquel sueño suyo. Del mismo modo que ahora había puesto muchas ilusiones y bastante trabajo en propulsar y afianzar la única revista española íntegramente consagrada a la danza.

Su retrato no me parecería completo de no insinuar que en su fanatismo por la danza palpataba la adhesión a valores que desgraciadamente van de baja. Alfons Puig amaba asimismo la buena ópera, y para escuchar a la Caballé en una obra todavía no dada en Barcelona, hacía un viaje a Milán o a París. Y en su estudio de Gracia estuvimos una noche charlando y escuchando a Amalia Rodríguez, «la gran dama del fado».

Con Sebastià Gasch, su mejor amigo, constituyéronse en exegetas del bailarín Magrinyà desde primera hora. Ahora, ambos amigos, ya con tropiezos de salud, solían reunirse los martes, antes de cenar, en el café de las Galerías Condal, con el doctor Lluís Moragas, sobrino-nieto del famoso coreógrafo Ricard Moragas. Supongo que sería la única Peña Ciudadana girando sobre el tema del ballet... Todo esto, desgraciadamente, ya no se estilaba.

En el ataúd, te has llevado, Alfons, un jirón de mi Barcelona.

SEMPRONIO

TELEFONO DE  
TELE/EXPRES:  
301-53-00

Sebastià Gasch es el exponente  
o intérprete de un texto